



LA HERENCIA DE UN MURGUISTA.

Cleto era un hombrecillo, bajo de cuerpo, largo de cara, de ojos pequeños y de nariz grande y arremolachada, de aceituna el color de su rostro, enjuto y huesoso.

Vivia en una bohardilla de la calle de la Comadre; nada tan repugnante como el interior de aquel chirivital, de techo bajo y oblicuo, estrecho y sucio hueco que se abría al final de un largo y oscuro corredor. Un jergon, una manta, un baul viejo, un cornetín sobre el baul y varios cacharros de loza y barro componían el mobiliario de aquella triste vivienda. En la pared, y pegadas con pan mascado, se veían mugrientas y amarillas láminas, retratos de Espartero, Riego, Leon y El Empecinado. Una larga lista de nombres y señas de domicilios campeaban entre estos retratos; al

márgen y lado de cada nombre había dos fechas, que indicaban el día del santo y cumpleaños del individuo que llevaba el nombre.

El murguista tiene por necesidad que ser sagaz, astuto y curioso, y ciertamente que todos reúnen tan raras prendas; de ello tengo tal convencimiento, que si yo algún día fuese director de un periódico utilizaría estos artistas para noticieros de él.

Cuentan que el buen Cleto se hallaba postrado en cama, víctima de una pulmonía que adquirió la misma noche en que abrió sus puertas al público una taberna de la calle de Juanelo. El pobre hombre estaba muy achacoso y viejo, y la enfermedad se cebó en él de tal suerte, que sin alientos para luchar sucumbió al quinto día.

Vivia en la vecindad un muchacho de unos doce años, travieso y listo como el que más, y que tenía al infeliz murguista un especial afecto, nacido sin duda de que en ratos perdidos Cleto refería á *Zaragata*, apodo con que se conocía al chico, historias de la guerra de los franceses y de la primera guerra civil. El pobre músico había servido á las tropas liberales y sido corneta de órdenes de los generales Narvaez y Espartero.

La noche ántes de espirar Cleto, entró *Zaragata* en la habitacion de nuestro hombre: éste medio agonizante dirigió al muchacho una mirada cariñosa, y con los ojos llenos de lágrimas le dijo:

—Ven acá, hijo mio; te aprecio tanto como si fuera tu padre, y quiero ántes de morir darte un consejo y dejarte por heredero de cuanto poseo.

La tos interrumpió su discurso y al muchacho se le humedecieron los ojos.

—En ese baul, — continuó el murguista, — hay varios efectos, útiles unos y los demás inservibles; pero entre mi muda blanca hallarás un cuaderno manuscrito, que yo en mis ratos de ocio hice por mera curiosidad. ¡Ay! si yo hubiese sabido hace años lo que ese cuaderno contiene, hoy sería rico y podría dejarte una fortuna en vez de harapos. Pero el hombre vive

poco, y aprende á vivir cuando el alma se escapa de su cuerpo. El cuaderno que digo es una verdadera fortuna que te doy, siempre que tú sepas aprovecharla, pues equivale al estudio de un hombre, no tonto, durante cuarenta y cinco años; si te lo aprendes, tendrás todo este tiempo ganado en tu efímera vida, que no es poca suerte saber al nacer lo que otro al morir.

El infeliz fué acometido de un acceso de tos y luégo cayó en un delirio espantoso.

Al día siguiente *Zaragata* acompañó al cementerio del Norte el cadáver del murguista, y aquella misma noche devoraba con afán creciente el contenido del manuscrito que heredó.

En él se refería con detalles minuciosos la manera cómo millares de capitalistas y banqueros hicieron su fortuna, y cómo otros muchos, cegados por la ambicion del oro, perdieron su capital en arriesgadas empresas.

Me aseguraron que *Zaragata* se aburrió de la lectura, y hubiera renegado del murguista si el cariño que en vida le tuvo no se hubiese convertido en respeto.

Mas es lo cierto, que un día, no hace mucho tiempo, fuí á casa de un rico comerciante de esta corte á hacer efectiva una letra, y chocóme ver que el principal de la casa daba á un dependiente suyo, hombre jó-

ven que habíase establecido por su cuenta dos meses ántes y que arruinado pedía á su amo un puesto en su casa, un cuaderno sucio y mugriento acompañando el donativo con estas palabras:

—Este cuaderno lo recibí de manos de un hombre que murió en la pobreza. Su contenido es el fruto de cuarenta y cinco años de experiencia, yo le he enriquecido con veinte años más; apréndalo V. y sabrá vivir. En mi casa no haría V. suerte; con este manuscrito, aprovechando su lectura, podrá V. hacer más fortuna que yo.

Yo, que conocía la historia, no pude reprimirme y pregunté al comerciante:

—¿De suerte que V. es el chiquillo á quien los vecinos de la calle de la Comadre llamaban hace veinte años *Zaragata*?

—El mismo,—me contestó sin sonrojarse.

—¿Qué dice el manuscrito del Sr. Cleto, que hace la fortuna de quien lo lee?—volví á preguntar.

—Estas palabras: «Trabaja y ten constancia. Sé prudente al em-

prender un negocio y jamás le desprecies porque produzca poco, que los pocos á mucho llegan.»

—¿Eso sólo?—le dije.

—Eso sólo resume la experiencia bien aprovechada de cuarenta y cinco años. El tal cuaderno ha hecho mi fortuna y la de otros amigos míos que aprovecharon su lectura.

—¿Cómo podrá ser eso?—me preguntaba yo saliendo de casa del comerciante.

Cinco minutos más tarde pasaba por la plazuela de las Descalzas, y á la vista del edificio de la Caja de Ahorros comprendí el valor de las palabras del cuaderno.

El trabajo deposita allí los domingos el sobrante de sus productos; la constancia en aumentar este sobrante puede ser la base de una fortuna.

Para cumplir lo que aconseja el murguista sólo es necesario una cosa.

¡Voluntad!

—¿Qué magnífica herencia dió el murguista á *Zaragata*!

S. OLMEDO Y ESTRADA.

FRAGMENTO.

Camino de la tumba
Vamos andando.
—Dígame, compañero,
¿Pesa su fardo?
—Pesa muy poco,
Porque siempre con gusto
Lo dejé todo.

¿Y el vuestro?
—El mío
Pesa mucho, pues lleva
Carga de vicios.
La cuenta es clara,
Cuanto más se ambiciona
Crece la carga.
A. LLANOS Y ALCARÁZ.

CUENTOS INFANTILES.

XV.

Compró un juguete precioso
Un señor muy avariento
Para obsequiar en su santo
A su traviesillo nieto.
Este, el juguete tomando,
Obsérvale muy atento,
Y á su abuelo le pregunta:
—Dí, ¿cómo se rompe esto?

XVI.

—¿A qué altura estás, Macario,
De tus estudios?
—Señora....

A mucha.

—¿Estudias ahora?...
—¡El sistema planetariol!

XVII.

—¿Qué quisieras mejor,—dice á Pepito
Su linda hermana Rosa,—
Ser tú como ese pájaro bonito
Que en las ramas se posa,
O ser la flor más bella de las flores,
Que encanta por su aroma y sus colores?
—¡Qué duda tiene!—Pepe le replica:—
Deja que á risa la pregunta tome...
¡Ser pájaro!

—¿Por qué?—dice la chica.—
—Porque el pájaro... ¡come!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA EDUCACION.

Ved sobre la rama del árbol frondoso la aérea vivienda del cantor de los bosques. La amorosa madre, con pródigo cariño, ofrece el dulce calor de su regazo á sus hijuelos, que acaban de romper la prision que encerraba el arcano de su vida. ¡Dichosa madre! No cabe ponerlo en duda: sus tiernos hijos, séres maravillosos que en el bautizo universal de la naturaleza recibieron el armonioso nombre de ruisenñor, serán, como lo fué su primer padre desde el origen del mundo, la alegría de la primavera, el embeleso del verjel y de la floresta.

¿Qué encierra ese botón misterioso que se columpia blandamente sobre su flexible tallo en medio de un encantador mosaico de flores, maravilloso artefacto de la primavera? ¡Portentos de la naturaleza! Pronto el precioso capullo descogerá su corola, á la que presta el iris sus variados y vivísimos colores, y su aroma suavísimo, embalsamando el ambiente, anunciará el nacimiento de la rosa, del clavel, del jazmin.

Así se ostentan desde el primer día de la creación las vistosas flores; así se irán reproduciendo con igual primor hasta que muera y se aniquile todo lo creado.

Mirad cuál suspensa y arrobada contempla la madre el plácido sueño de su hijo recién nacido. La madre acalla sus vagidos, depositando en los labios del tierno niño el dulce néctar que le dá la vida. Pero ¡horrorosa incertidumbre! Ese hijo adorado, ¿será un ángel, será un mónstruo? ¿Quién puede afirmar que su alma será albergue de hermosas virtudes, como promete gorjeos el ruisenñor que acaba de sacudir la cáscara del huevo, y fragancia la flor que se abre á los besos del sol? Pero una esperanza alienta y conforta á la angustiada madre. Delante de sí tiene dos libros abiertos. En el uno lee: «Enseña á tu hijo á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo.» En el otro: «Cultiva la inteligencia y purifica el corazón de tu hijo.»

¡Feliz ella si recuerda que no siempre el

hombre nace perfecto como la rosa y como el ruiseñor! ¡Feliz ella si sabe guiar y dirigir á su hijo por la senda que le trazan la religion y la moral!

Mil veces, sobre todo, venturoso el instante en que, penetrado de amor y gratitud el pecho del hijo, le diga á su madre: «Madre mia, tú te consagraste con ardor sublime al cumplimiento de tu sacrosanta mision. Tú me has enseñado á amar á Dios; tú has sembrado en mi alma la semilla del

bien. Yo remuneró tu cariño y tus desvelos maternos alimentando en mi corazon puras y santas inclinaciones; yo practico todas las virtudes que de tu alma se transmitieron á la mia. Tú suspendiste sobre mi vida una guirnalda con las flores de la educacion; yo he tejido para tu vejez una corona de alegrías y consuelos, precursores de los gozos que te aguardan en el cielo.

EUSEBIO FONT Y MORÉSSO.

EL MANANTIAL DE AGUA CLARA.

CUENTO MORAL.

Tres caminantes se encontraron junto á un manantial que brotaba al lado de un camino.

A orillas de la fuente habia un ancho vaso de piedra con esta inscripcion:

Procura parecerte á este manantial.

Los tres caminantes, después de apagar la sed, leyeron la inscripcion y se pusieron á discurrir sobre su sentido.

—Es un consejo,—dijo el primero, que parecia ser un rico mercader por sus polainas de cuero y el fardo que llevaba al hombro;—el agua va corriendo siempre, aumentándose en el camino por mil arroyuelos que forman un rio, que nos dice con el ejemplo:

Sé activo, no te detengas nunca y así prosperarás.

El segundo, que era anciano y llevaba en la mano un libro, me-

neó la cabeza con aire de duda.

—Aquí hay una leccion más elevada,—dijo;—esa fuente que está ahí para todos los sedientos, sin pedirles ninguna especie de retribucion, dice claramente á los hombres:

Practica el bien por el bien mismo, y no busques ninguna recompensa exterior.

Los dos caminantes se callaron.

El tercero era un jóven de cabellos rubios, y se separaba por primera vez del lado de su madre.

Sus compañeros le suplicaron que diese tambien su explicacion, y entónces exclamó, bajando los ojos y sonrojándose algun tanto:

—A mí me dice otra cosa muy diferente la inscripcion de ese manantial. ¿De qué serviría el eterno movimiento de esa onda, siempre dispuesta á apagar nuestra sed, si estuviese turbia y corrompida? Lo

que constituye todo su valor es su transparencia y claridad. El que procuremos parecernos á esa onda, no quiere decir que seamos diligentes ó pródigos, sino que conser-

vemos nuestra alma bastante pura para que refleje como ese manantial de agua clara todas las flores de la tierra y todos los rayos del cielo.

HERENCIA DE HONOR.

—¡Brígida! Me parece que han llamado... Corre á ver si tenemos carta: es la hora en que el cartero suele venir.

Brígida cerró lentamente su calceta, dejó caer el ovillo al tiempo de levantarse y salió de la habitación.

Amelia, niña de catorce años, vestida de alivio de luto en memoria de la muerte de su madre, de rubios cabellos y con los ojos cargados de llorar, hubiera preferido ir en persona á abrir la puerta; pero Brígida, antigua ama de gobierno en la casa se lo habia prohibido, y su voluntad era respetada como ley desde que el padre de Amelia, comandante de ejército, habia marchado á la guerra de África. También habia ido con él, en concepto de asistente, Pablo, hijo de la vieja Brígida, quien para no separarse del comandante se habia reenganchado indefinidamente en el servicio militar.

En los dias anteriores á la época en que pasa nuestra historia, se habian verificado algunos sangrien-

tos combates, y la inquietud en Amelia era muy natural. No pudiendo al fin dominarse, salió al encuentro de Brígida, y poco despues ambas mujeres se abrazaban llorando y abrian el sobre de una carta, del cual caia una cinta roja y dos papeles.

—¡De mi padre! — exclamaba Amelia desdoblando un papel.

—¡De Pablo! —decia Brígida á su vez, desdoblando otro.

Y la niña leia entre sollozos:

—«Amelia: Estoy mortalmente herido... Animo, hija mia; te mando la cinta de mi cruz de San Fernando, única herencia de que puedo disponer. *Honra y patria*, tal ha sido siempre la norma de mi conducta: imítala y recibe mi bendicion.»

El soldado Pablo escribia:

—«Querida madre: Consuele usted á la señorita Amelia: nuestro comandante acaba de espirar. Si no fuera por usted, hubiera preferido recibir un balazo á tener que enterrar á mi comandante en esta tierra de moros. Pero ha muerto

como un valiente, y todos los de su batallón le han llorado .. ¡Todos, no! ¡Casi una cuarta parte habían muerto ántes en el ataque de una trinchera!»

Amelia apenas respiraba... y Brígida casi se avergonzaba de su alegría. Ella, tan preparada siempre para el dolor, había sido respetada por la desgracia, mientras que la pobre niña quedaba sola en el mundo, sin parientes, sin amigos, sin fortuna, sin una pensión que la pusiera al abrigo de la miseria, porque el comandante muerto había contraído matrimonio siendo alférez.

La anciana colmó de caricias á la huérfana; pero ésta no conoció al principio más que su desesperación... Su tierno y amante padre no volvería ya... pero sus últimas palabras contenían un consejo que la niña no olvidó. *¡Honra y patria!* «Las mujeres, como decía mi madre, debemos imitar la conducta de nuestros padres... Nuestro valor no se prueba en los campos de batalla, sino en las penas del corazón.»

Pasados los primeros momentos de dolor fué preciso pensar en los medios de subsistir, y Amelia tuvo que resignarse á ejecutar algunas labores propias de su sexo; pero todo lo llevaba con paciencia, y cuando, terminada su labor, se acostaba en su pobre lecho, la huérfana besaba la cinta de la orden de

San Fernando, preciosa herencia de su padre.

Terminada la guerra volvió Pablo á Madrid, y se arrodilló en silencio delante de la hija de su comandante; ésta le abrazó llorando, y el dolor, más elocuente que todas las palabras, llenó aquella triste escena.

El pobre soldado confiaba en que algunos de sus jefes pudieran lograr para la huérfana alguna pensión; pero cuando, después de hablar á muchos, se persuadió de lo inútiles que eran sus esfuerzos, abandonó para siempre la profesión militar y se consagró á un oficio mecánico para contribuir al sostén de su madre y de la huérfana.

Amelia llenaba en silencio todos los deberes de su posición, respecto á sus servidores, y profesaba culto filial á la memoria de sus padres; trabajo, valor y modestia. ¡Dios la veía prosternada ante sus altares, y los ángeles llamaban á sí á la purísima criatura; pero los desgraciados de la tierra la retenían en ella, porque la buena Amelia amaba á los pobres, y á falta de riquezas les distribuía generosamente la piedad fraternal, el cariño, que es la limosna de los pobres!

Dichosos niños que estais leyendo esta verdadera historia; acaso esperais que para hacerla más interesante á vuestros ojos os pintaré á la huérfana triunfando de todos los obstáculos que la oponía la desgra-

cia; acaso esperais que algun suceso maravilloso haga dichosa la existencia de Amelia... pero os equivocais. Amelia habia crecido consagrada al trabajo, y dedicando á Brígida y al veterano Pablo todo

género de cuidados; pero su noble carácter, sus raras virtudes, pasaron desapercibidas para el mundo.

Un dia, llamando aparte á Pablo, le recomendó que siguiera siempre dedicando su filial ternura



AMELIA.

á la pobre vieja, y salió de la casa para no volver á ella.

En santo hospital, cuyos lechos son escasos para el número de heridos que los reclaman, una hermana de la caridad, jóven y hermosa, parece multiplicarse para aliviar los sufrimientos de los pobres soldados, heridos en fratricida lucha.

A lo léjos se escucha el ronco estampido de cañones; pero ella no escucha más que los lamentos de los que sufren. A lo léjos batallan las pasiones y la ambicion; pero ella nada sabe, nada inquiere, sus únicos móviles son la virtud, la abnegacion, la caridad; sobre su blanca túnica puede verse la cinta roja de la órden militar de San Fernando.

Amelia ha logrado ser feliz.



CASA DEL DANTE EN FLORENCIA.

Dante Alighieri, célebre poeta italiano, nació en Florencia en 1265, y murió en Rávena en 1321. Las crueles luchas á que se hallaba entregada su patria acibararon la mayor parte de su existencia, y en el destierro escribió su *Divina Comedia*, admirable poema que le ha proporcionado la inmortalidad.

AMOR FILIAL.

Entre los deberes que tiene el hombre para con sus semejantes, no existe ninguno tan noble, tan sagrado, tan obligatorio como el amor filial.

Dios ha grabado tan profundamente este deber en el fondo de nuestras almas, que felizmente para la sociedad existen muy pocos ejemplos de malos hijos, y éstos son el objeto de un aborrecimiento general, aborrecimiento mayor y más vergonzoso que el que se profesa á los hombres más depravados.

La que nos ha alimentado en nuestra infancia con su propia sangre, la que ha velado con maternal solicitud para alejar de nuestra cuna los peligros y las enfermedades, la que ha soportado con paciencia los disgustos que ocasiona la primera época de la vida, tiene derecho á esperar de nosotros un inmenso reconocimiento, la más perfecta sumision, una constante

ternura y un respeto profundo, sin que el mal humor ni las enfermedades que trae consigo la vejez deban disminuir en nada nuestras atenciones para con ella.

Cualquiera que sea el estado á que los eleve la fortuna, los hijos no deben avergonzarse jamás del estado de sus padres, sino, por el contrario, darles públicas demostraciones de aprecio, saludándolos con sumision, acompañándolos con placer, y prodigándoles atenciones que los infelices ancianos acogerán con mayor placer cuanto más públicas sean.

Amor, sumision, respeto, asistencia, hé aquí los principales deberes de un hijo para con sus padres, deberes que está obligado á cumplir exactamente si ha de merecer el aprecio de la sociedad y la aprobacion de su conciencia.

X.

LOS CASCABELES DE ORO.

Blanca, rubia, bonita y risueña, diestra en mil cosas para su juvenil edad, tal era Rosita; mas ¡ay! un gran defecto hacia olvidar tantas cualidades preciosas: la encan-

tadora Rosita tenía la funesta costumbre de ser curiosa.

Pasaba los dias acechando y espiando para ir ligera á contarle todo á los vecinos, y aún á los extraños.

Curiosidad y habladuría son hermanas; y es raro que uno de estos defectos exista solo. Espiar y contar, según el juicio de personas serias y prudentes, son como la cabeza y la cola de una serpiente: son dos actos recíprocos, dos maneras de pecar en un mismo vicio.

Mas, basta de digresiones y volvamos á Rosita, que era muy desgraciada, porque su madre, importunada por los lamentos y las relaciones de personas dignas de fé, la castigaba frecuentemente; ella sufría, sin tregua ni reposo, ayunos merecidos, penitencias penosas, y mal vestida, mal compuesta, se veía privada del paseo y de toda diversion.

Su madre, Doña Tomasa, se dijo al fin: «Veamos si una estratagemma puede corregirla.» Y tomando la diligencia, se estableció con Rosita en una hermosa casa de labor, á pocas leguas de Madrid.

El médico de la familia viene algunos dias despues, como por acaso, á hacer una corta visita; se encierra con Doña Tomasa y corre el cerrojo para no ser descubierto (porque allí no habia cerradura). Se adivina fácilmente si tanta precaucion pondria á Rosita en cuidado.

Se quita los zapatos, y andando sobre la punta de los piés, se aproxima como un ladronzuelo; espía por debajo de la puerta... y

echada en tierra, besando las baldosas húmedas, la curiosa oye á su madre, que dice:

—Todo lo he empleado sin éxito: razonamiento, indulgencia, rigor, nada ha podido lograrse con la pequeña. Hay otros defectos que se pueden soportar; pero éste, si no es el peor, es el que excita más aversion. No hay persona que pueda vivir con un espía.

—Vamos, señora, vamos,—responde el doctor;—tengamos compasion de la desgraciada, porque su curiosidad proviene de un órgano facial defectuoso.

—¡Cómo! ¿Qué órgano?

—La nariz: una persona con una naricilla arremangada debe ser curiosa hasta el exceso; mas el remedio está en la mano. ¿Tiene alguno la nariz arremangada? En seguida se le añade un apéndice suficiente de un metal cualquiera, y la persona más terca y más locuaz, olvida el espionaje y la habladuría.

—Doctor, ¿está V. bien seguro?

—Tan seguro que no puedo estarlo más: yo me encargo de la pequeña y respondo de su curacion. ¡Pobre niña! Usted la castiga y yo la curaré. Esto mismo puede hacer que nazca una bonita moda, que muchas gentes seguirán por un ligero sacrificio.

—¿Y cuál es esta moda, D. Patricio?

—Llevar pendientes en las narices como los de las orejas. Voy á Madrid á mandar á un joyero de la corte que me haga con cuidado dos anillitos de oro, á los cuales se les suspenderán dos pares de elegantes cascabeles labrados, teniendo cui-

dado de que la bolita sea exactamente del peso que haya necesidad... Atravesar las narices con una aguja, esto en seguida se hace: un poco de dolor al principio; pero ¡no es casi nada! y Rosa es una niña bien educada y sufrirá la pun-



zada con resignacion. Provista la niña de estos bonitos cascabeles, juro, por el famoso doctor Avicena-el-Moro, que no será necesario regañarla más.

Rosita, sin hacer ruido, pero con un miedo horrible, se escapa corriendo á su cuarto.

—¡Ah!—exclama,—¡qué verdad es que el que escucha su mal oye! ¡Estos doctores son crueles! ¡Quererme abrir las narices con una aguja gorda! ¡Ponerme cascabeles en la nariz! A mí,—dice mirándose al espejo,—sí, verdadera-

mente eso debe de hacer gran daño; y para resarcirme de tal operacion, ¿qué cara tendria yo con esos lindos pendientes que nadie usa? ¿Se introduciria una moda tan extraña y horrible? Esto equivaldria á un rótulo diciendo: «Yo soy mala.» Y cuando vuelva á Madrid, ¡Virgen del Cármen! el ruido de los cascabeles de Rosita amotinará á todo el populacho; ¡qué vergüenza! ¡Para no estrenar la ignominiosa joya, tan funesta á mi naricilla, mortifiquemos los labios, corrijámonos!

En efecto, se corrigió, y tan completamente, que cuando el doctor volvió algún tiempo despues, la mamá le dijo llena de gozo:

—Felicitémonos, D. Patricio; no sé cómo la nariz de Rosita, que era ántes de corcho, se ha vuelto de plomo. Ya no es indiscreta ni ha-

bladora; y, gracias á Dios, está desconocida. Convendría dilatar la operacion proyectada. Pero si recae, colgaremos de su nariz estos bonitos cascabeles de oro, que guardo como un talisman que ha operado su completa curacion.

E. DE M.

AMA Á TU MADRE.

Niño que viniste al mundo
Con la sonrisa del ángel,
Derramando en tus vagidos
Dos lágrimas celestiales;
Tú, que en el regazo duermes
De quien su seno te abre,
Como gota de rocío
De la azucena en el cáliz;

Si has de pagar con usura
Su puro amor inefable,
Suspira cuando suspire,
Sonrie cuando te llame...
¡Oh niño, niño inocente,
Ama á tu madre!

ANTONIO ARNAO.

EL REAL DE PLATA Y EL OCHAVITO.

Á MIS PEQUEÑOS.

De argentina bandeja, un Juéves Santo,
Microscópica mano el borde heria
Con un pedazo de oro; y entre tanto,
Un timbre que oro y plata oscurecia,
— «¡Hermanos! A los pobres» repetia.
Entre monedas mil—¡era un tesoro!—
Y billetes, dinero al fin y al cabo,
Un real de plata viase; y del moro,
¡Moro habia de ser, y moro bravo!
El más plebeyo y repugnante ochavo.
Un tipejo, un chicuelo petulante,
El real echó con ruido tremebundo;
De otro niño la mano vergonzante

Dejó el ochavo; nadie vió al segundo:
Del primero... rióse todo el mundo.
¿Nadie? Sí; lo vió Dios, y enternecida
Una niña tambien. Caido el velo
Cambió aquella limosna bendecida
Por oro; y hay quien cree con santo celo
Que un ángel se llevó el ochavo al cielo.
*¡Niños! Cuando le deis limosna al pobre
Hacedlo con amor; y ni un instante
Os preocupe que el óbolo de cobre
Lo vea el mundo, ó el metal brillante:
Con que lo vea Dios... teneis bastante.*

JULIAN DE ARZADUN.

CUENTOS.

Un joven regresó á su pueblo á pasar las vacaciones del verano; el padre dió un gran banquete en su honor, para que los amigos fueran testigos al mismo tiempo del talento de su hijo.

A los postres le preguntó:

—¿Cómo se siembra el trigo?

—Padre, eso no lo enseñan en la Universidad.

—¿Cuál es el mejor abono para la tierra?

—Tampoco lo enseñan.

—¿Qué condiciones debe tener la cosecha para ser buena?

—Tampoco...

—¿Es decir que estoy gastando el dinero para que seas un ignorante?

—Padre, he aprendido física, química, matemáticas...

—Pero todo eso no impedirá que cuando yo me muera mis tierras se llenen de hortigas y produzcan el 1 por 100 en vez del 20. La mejor química para el labrador es poner-

se en condiciones de asegurar la cosecha. Desde mañana se acabaron los estudios, y cuando aprendas lo que te he preguntado, entónces podrás estudiar lo que quieras.

¡Algo mejor estaría la agricultura si todos los labradores obrasen así con sus hijos!

Un caballero entró distraído en una zapatería, y quitándose la corbata al sentarse en una silla, dijo al zapatero:

—Maestro, déjeme V. el bigote.

Comprendiendo aquél la equivocación, dijo á uno de sus dependientes:

—Avisa al peluquero del piso principal que venga á tomar medida de unas botinas á este caballero mientras yo le afeito.

Estas palabras explicaron el error, y salió á escape de la zapatería, pidiendo mil perdones.

ACTUALIDADES.

En la conferencia que el domingo último celebraron los alumnos del Instituto del Cardenal Cisneros, el Sr. Martínez Simarro desarrolló el tema de «Cervantes considerado como escritor;» el Sr. Bellver y Checa tradujo y comentó los principales puntos de la «Epístola de Horacio á los Pisones;» el Sr. Zurano y Muñoz disertó acerca de «El estado político y social del Imperio turco ántes de la guerra turco-rusa,» y la señorita doña Pilar Martínez Gil, premiada en el año último en varias asignaturas,

hizo un estudio razonado y metódico sobre la influencia del aire atmosférico en la vida del hombre.

El Sr. Galdo terminó el acto con un oportuno discurso, encomiando la utilidad é importancia de aquellas conferencias, y haciendo resaltar el hecho de haber tomado parte en ellas por vez primera la mujer, demostrando de cuánto es susceptible el desarrollo de su inteligencia.

En el colegio de Calderon de la Barca, que dirige D. Pedro Juste, se han inaugurado unas interesantes conferencias escolares. En la primera de las mismas, celebrada el 14 del corriente mes de Enero, el Director de aquel establecimiento de enseñanza pronunció un elocuente discurso sobre lo educacion y la instruccion, desarrollando el tema con fácil palabra y elegante estilo; el alumno Sr. Muñoz Agüera, trazó la biografía de Calderon y leyó un pasaje de *La vida es sueño*; el Sr. Pol disertó acerca de la inmortalidad del alma, y el Sr. Morelló sobre Alfonso el Sabio, terminando la sesion con la lectura de la bella *Fiesta de toros* descrita por D. Nicolás Fernandez de Moratin, y algunas escenas de *La muerte de César*, de Ventura de la Vega. La concurrencia de catedráticos y familias de los alumnos, numerosa y muy distinguida.

El día 28 se celebrará la segunda de estas solemnidades literarias.

En el teatro de Novedades se anuncia la próxima presentacion de una gimnasta, miss Zarah, que viene á España precedida de gran reputacion.

Sigue tan concurrido como de costumbre el teatro Guignol de la calle de Cedaceiros, y si no damos con mayor frecuencia noticias del mismo, es porque el *revistero especial* de aquel espectáculo está actualmente muy ocupado en aprender las partes de la oracion y los principales montes y rios de la Península. ¡Como que trata de empezar el latin el año próximo!

*
**

La empresa que publica el acreditado periódico *La Ilustracion Española y Americana* ha querido celebrar de una manera digna de su crédito el aniversario xxv de su primera aparicion, bajo el título de *Museo Universal*, y ha publicado al efecto un número extraordinario de 32 páginas llenas de magníficos grabados originales, interesantes artículos y poesías de los más distinguidos colaboradores del periódico,

bella cubierta de color elegantemente orlada, y un magnífico cromo-tipo de grandes dimensiones. Dominguez, Jimenez Aranda, Lengo, Madrazo (D. Raimundo), Peralta, Perea, Rico (D. Martin), Rigalt, Riudavets y Villegas como dibujantes; Capuz, Carretero, Penoso, Rico (D. Bernardo), Vela y el inimitable Pannemaker, como grabadores, han colaborado para la seccion artística de este soberbio número. Madrazo (D. Pedro), Fernandez Bremon, Frontaura, Mas y Prat, Mérida y Trueba firman artículos de primer orden, y por lo que hace á poesías, el lector puede saborearlas de Campoamor, Guerrero, Manuel del Palacio, Ruiz Aguilera y Velarde.

Satisfecha puede estar *La Ilustracion Española y Americana*, y nosotros la felicitamos por la manera con que ha conmemorado el aniversario xxv de su fundacion.

*
**

El conocido comerciante Sr. Schropp ha obsequiado á los niños convalecientes del hospital del Niño Jesus con una multitud de juguetes, que él mismo se encargó de distribuir.

Anualmente hace el Sr. Schropp, con noble desprendimiento y delicada intencion, un obsequio idéntico á los niños del Hospicio de Madrid.

*
**

En 1850 concurrían á las escuelas de instruccion primaria de la Península 600.000 niños de ambos sexos.

En 1865 pasaban de 1.300.000.

En 1880 ascendían á 1.769.602.

Las anteriores cifras acusan un verdadero progreso, pero que no satisface aún á cuantos desean, como nosotros, el mayor desarrollo de la enseñanza.

*
**

La situacion de los colegios de Huérfanos de la Guerra, establecidos en Guadalajara, no puede ser más ventajosa, segun ha podido comprobarse en la última visita de inspeccion. Así la superiora del colegio de niñas, como el subdelegado del de varones y los sacerdotes y profesores que

los secundan, son acreedores al aplauso y agradecimiento, que no se debe escatimar á los que instruyen y educan moral y religiosamente á la juventud, porvenir de la nacion española.

*
* *

Los *fantoques* han seguido en Novedades su carrera triunfal, habiendo aplazado su marcha por las buenas entradas que proporcionan á aquel coliseo. Los músicos del concierto de cocina, los patinadores y los demas artistas que toman parte en el espectáculo logran igualmente los aplausos de la concurrencia.

*
* *

La compañía de zarzuela que actuaba en el Liceo de Capellanes pasará durante el mes de Febrero al teatro de Novedades.

*
* *

La empresa del teatro Español ha puesto en escena con inusitado lujo la admirable produccion de Calderon de la Barca, *La Hija del aire*. Estudiado perfectamente el carácter de dicho drama por la compañía

dramática que actúa en el primero de nuestros teatros de verso, y el de la época en que se desarrolla por el pintor Sr. Muñiel; consagrados á presentarla dignamente empresa y actores, su éxito ha correspondido á las generales esperanzas, y todo Madrid ha acudido á conocerla y aplaudirla.

*
* *

En el teatro de la Comedia sigue llamando numerosa concurrencia la obra *Los guantes del cochero*, original del Sr. D. Javier Santero. En el mismo teatro se ha estrenado un divertidísimo juguete cómico, *Recurso de casacion*, original de D. Felipe Perez Gonzalez, que más de una vez ha favorecido con sus escritos nuestro periódico. Julian Romea se distingue en la interpretacion del juguete.

*
* *

En el teatro de Lara se ha estrenado con buen éxito la pieza *Con un palmo de narices*, original de D. Ricardo Montesinos. Se preparan otras obras, así nuevas como de repertorio.



PAQUITA.

La han vestido de largo; pero no es feliz. El nuevo rumbo dado á sus pensamientos y la formalidad que su vestido exige, motivan en Paquita hondas preocupaciones. Acaso piensa en los tiempos en que jugaba á la comba y las cuatro esquinas, y esperaba con curiosidad los números de *LA NIÑEZ* para leer sus cuentos. Niñas amables: no mostreis impaciencia por vestir de largo: es un placer que sólo dura breves momentos para dejar lugar al sentimiento, constante ya en toda la vida, de no seguir vistiendo de corto.

~~~~~